

La pedofilia hoy: Escenarios de su psicogénesis¹

Indalecio Fernández Torres²

Resumen

Se establece la existencia de diferentes categorías pedofílicas según la fijación a determinado momento psicogenético.

La “psicogénesis” debe ser recuperada hoy y sometida nuevamente a debate en el marco de la reubicación de los aportes que S. Freud y sus seguidores vienen haciendo desde hace más de 120 años. Para la comprensión de la pedofilia partiremos de un texto medular, los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), el cuál fue objeto de múltiples modificaciones en el transcurso de su obra. A partir de aquí veremos qué resignificaciones puedo hacer sobre lo que es para mí la comprensión de la pedofilia en la actualidad. Freud en *Tres ensayos* (1905):

Bajo la influencia de la seducción el niño puede convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las transgresiones posibles. Esto demuestra que en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales transgresiones tropiezan con escasas resistencias, porque, según sea la edad del niño, no se han erigido todavía, o están en formación, los diques anímicos contra los excesos sexuales. (pp.174-175)

¹ Miembro Titular en función Didacta de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, IPA y FE-PAL.

² Trabajo presentado en las XVIII Jornadas del Departamento de Niños y Adolescentes, de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas: *Lo perverso polimorfo. Un recorrido de la infancia a la adultez*, noviembre, 2020.

En la constitución de las perversiones, “La pedofilia se origina en el tránsito de una psicogénesis”. En este tránsito adquirirán una configuración categorial, constituyendo corrientes perversas o las perversidades, según los mecanismos determinantes. En este tránsito psicogenético se originarán diferentes categorías de la pedofilia. Su configuración puede ser objeto de una: fijación, inversión, resignificación, permutación o de combinaciones, dotándola de una gran complejidad.

El sucesivo tránsito por la vida da un matiz específico a la psicogénesis de la pedofilia, en todo ello tiene un gran peso lo social, lo cultural, lo religioso y la naturaleza.

De los *Tres ensayos*, puedo deducir que “los signos sensoriales” producto del embarazo, sobrevendrá en los “signos perceptivos”, planteados por Freud, 1896; Laplanche, 1996; Bleichmar, 1996. Los signos sensoriales como huella de lo real corporal del embarazo, con el nacimiento y por la acción del otro significativo, devendrán en signos perceptivos que serán las formas representacionales de la sensualidad y/o la sexualidad. Estas representaciones marcarán la expresión de la pedofilia según las circunstancias del momento evolutivo.

Los signos sensoriales que serán los signos perceptivos se traducirán en vivencias de satisfacción o insatisfacción, como modo de acceso al placer-displacer. Estos modos de acceso al placer-displacer se expresarán en la configuración de la sensualidad-sexualidad del pedófilo y de quién es objeto de ella.

Hasta aquí puedo concluir que la psicogénesis se construye por el movimiento pulsional, que en el origen adquieren la cualidad de pulsiones parciales, a las cuales Freud le atribuyó el carácter de “perverso polimorfo”, dado que su expresión como “signos perceptivos” han de ser calificados por el otro significativo y sus circunstancias. Así los signos sensoriales en tanto sensaciones devendrán en percepciones que luego serán tramitadas como representaciones. Según las sensaciones-percepciones-representaciones configuradas en el tránsito vital se configurarán las diferentes categorías pedofílicas.

“La sensualidad” corresponde a las vivencias y placeres preliminares del llamado polimorfismo perverso de las pulsiones parciales, las que se registrarán como “memoria procedimental”. “La sexualidad” es un desarrollo vincular posterior, marcado por la palabra del otro significativo, las que se inscribirán como “memoria declarativa” en el sujeto en desarrollo.

El trato entre la cría y el otro significativo que lo cuida, da lugar a una fuente continua de excitación sensuales-sexuales que configurarán paulati-

namente las zonas erógenas de la cría. Hay que tener presente que el otro significativo dirige sobre la cría las vivencias que brotan de su vida sexual.

Freud nos plantea que el asco, el pudor, la vergüenza y la compasión, son los principales diques contra las pulsiones y el antecedente sobre el cual se instala el sujeto ético-moral. La organización del sujeto-ético moral determinará la "actitud" ante la pedofilia. Cada sociedad, cultura y religión calificará lo que es ético-moral ante la prohibición del incesto, al igual la naturaleza dicta la prohibición del incesto en su repercusión en la configuración somática.

En el origen no hay una diferenciación del otro significativo, al no haber diferenciación, según Laplanche, se establece un vínculo con "Lo otro" (Laplanche, 1997). No hay una constitución de un "otro" que devenga objeto dada la fragmentación inicial en el origen. Esta dispersión sensorial de los inicios deberá ser transformada o trazada por la madre para que devenga en sujeto y ella en un otro. De no darse este vínculo, persistirá el estado de fragmentación y de desubjetivación. Si este estadio se constituye en una impronta producto de una fijación, inversión, resignificación, permutación o de combinaciones con estadios posteriores y si a este nivel se organizan las bases de una pedofilia, dada la fragmentación, tendrá la característica de una psicosis con matices esquizofrénicos. Esto es indicativo que hay categorías pedofílicas que se organizan antes de una subjetivación.

Utilizo la palabra cría en los términos que Bleichmar (2016) lo utiliza:

Podría usar infans, el que no habla, como en Lacan, eso sería darle prioridad al lenguaje. Lactante, como Melanie Klein, que pone el acento en la fuerza de la oralidad. Es cría en tanto tiene que humanizarse. Es potencialmente humano, pero es biológicamente en potencial. Si no se producen las condiciones de la humanización, no se articula la humanidad. La humanización es un proceso del orden del vínculo y el apego con el otro significativo. (p. 8)

El reconocimiento de la alteridad como base de toda subjetivación se sustenta: por un lado, en que es imposible una subjetivación que no implique reconocimiento del otro, pero al mismo tiempo que es imposible que se subjetive alguien, si no hay reconocimiento de su alteridad. De no establecerse la alteridad se organizará un espacio psíquico de fragmentación que puede dar origen a una esquizofrenia. Al trazarse el sujeto por el otro significativo, se originará "un otro", y como transcurra este vínculo de apego, el peso de la sensualidad sensorial marcará un destino en la relación del sujeto-otro. La forma en que la relación se establezca, si sigue un cami-

no trastocado, puede configurar una manifestación pedofílica que estará regida por la característica de este momento evolutivo.

En el vínculo sujeto-objeto, uno es referente del otro estableciendo una díada de apego donde no hay una discriminación, pero sí una sistematización de roles en términos transitivos donde yo soy el otro, confundiendo los roles o funciones. De organizarse una categoría pedofílica a este nivel se puede vivenciar el ser la madre o el padre para una cría o un púber y sobre esta base cometer un acto pedofílico.

Al adentrarnos en “el tránsito narcisista-especular”, tenemos un primer momento, el “transitivismo” que da cuenta de la alienación al deseo materno, evidenciado en la dialéctica de la imitación de comportamientos de semejantes por parte del niño/a, que van en el sentido de una alienación del niño/a con el otro, esto permite organizar acciones en este caso de imitación del semejante. El transitivismo, es el resultado de un momento en que tanto las sensaciones, las percepciones y las imágenes, no han logrado llegar al nivel simbólico representacional, pero sí se organiza una memoria procedimental, donde se procede como un reflejo del otro. Instante en que cada compañero confunde la parte del otro con la suya propia y se identifica con él y esto opera como un despertar del deseo por el semejante. Situación que al devenir patológica y seguir un curso pedofílico, se proyecta en un prójimo objeto del acto pedófilo.

Hay que hacer la aclaratoria en qué se diferencia un semejante de un prójimo. El “Semejante” es el otro de sí, que pone en juego lo común y lo diferente. Opera la inclusión en el conjunto. En tanto que en el “Prójimo” no está en juego la diferencia con el otro, sino que esta se exagera de tal modo que pasa a ser lo contrario, la diferencia se transforma en absoluta. Al decir “otro”, nos referimos a cualquier persona que no sea yo. Al decir “semejante”, aludimos a una identidad, al decir “prójimo”, a una cercanía. La configuración de “un prójimo nos sitúa ante un Otro”, respecto a ello evocamos de *Psicología de las masas*: “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo...” (Freud, 1921, p.67). Creo que la cita encierra una distinción, el “modelo”, el “objeto” son pasivos en cuanto a qué o quién los toma como tales. Pasividad que no encontramos en el “auxiliar” y el “enemigo”, ambos están movidos por propósitos, fines y metas que les son propias y sobre las cuales la influencia del yo es relativa. Lo que mueve al Otro entonces hace de él algo más que sólo un objeto, es un sujeto que

ayuda, sostiene, pero que también puede atacar, seducir, alienar en donde se puede situar al pedófilo.

El “Otro auxiliador” también actuaría movido por motivaciones inconscientes, sexuales, aquí pedofílicas. “La madre dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de su objeto sexual de pleno derecho” (Freud, 1905, p.203). En esta situación del otro auxiliador se podría situar el pedófilo. El pedófilo que se sitúa en posición de auxiliador ejerce a través de la sensualidad-sexualidad su acto pedófilo ubicando a la cría-púber como objeto sexual.

“El rival” como “el otro del otro”, el destino del rival es ser “reemplazado” (muerto). Esto nos muestra el caso del asesinato pedofílico. El reemplazo se puede mostrar también como una subversión de los valores del púber o de sus padres. Como una forma de humillación del pedófilo a los padres, a la cría o al púber.

El narcisismo aparece en la obra freudiana referida al objeto y no al yo. En la noción de “elección narcisista de objeto” describe cómo es posible reencontrar algo de uno mismo en el otro y refleja “cómo tras una etapa de fijación a la madre... se identificaron con la mujer y se toman a sí mismo como objeto sexual, vale decir, a partir del narcisismo buscaron, en este caso el pedófilo a crías-púberes parecidos a su propia persona, que debían amarlos como la madre los había amado”. Siguiendo a Freud en este caso, el sujeto pedófilo deja de ser él mismo “se identifica con la madre-mujer” y encuentra a su “sí mismo” en el otro “parecido a su propia persona”. Así el objeto pedofílico si seguimos a Freud, pasa a ser “nuevas versiones de su propia persona infantil” (Freud, 1910, p.93).

Para comprender alguna de las categorías de la pedofilia podemos conjeturar en base a una cita del *Proyecto* (Freud, 1895): “Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo. [...] un objeto como este es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre “el prójimo”, entonces, aprende el ser humano a conjeturar cuál perfil lo conforma según las circunstancias.

Continuando con la configuración narcisista-especular, quiero señalar que para Lacan,

...el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación [...] maquina las fantasías que se sucederán desde [una imagen fragmentada del cuerpo] hasta una forma que llamaremos or-

topédica de su totalidad –y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental (Lacan, 1949, p.102).

Entonces podemos inferir que la alteridad como producto de la fase del espejo concluirá las bases de la subjetivación. En este pase configuración subjetiva, fase del espejo-alteridad, puede ser objeto de una alteración produciéndose una “des-subjetivación”. Que en el caso de la pedofilia configuraría un pedófilo des-subjetivado, esto produce un vacío representacional que genera angustia y /o dolor, que tratará de ser colmado por la representación cosa que se sustenta en la sensorialidad. A través de esta sensorialidad se generará una configuración pedofílica que se expresará en razón a los sentidos que primen. “Esto nos indica que la representación cosa antecede a la presencia del sujeto”. Una fijación a este nivel y una falla en la configuración edípica serviría como atractor para una configuración pedofílica con las características de este momento de la psicogénesis.

Lacan, concibe el narcisismo en la medida en que el yo se constituye en la relación con el otro significativo, relación que produce una tensión, ya que el otro me atrae y me repele, es una relación ambivalente que lleva a la configuración del “sí mismo”, que es el constructo perceptual que hace de su relación con el entorno y sus circunstancias. La identificación con la imagen especular implicaría, por lo tanto, una relación ambivalente con el semejante; una relación que involucra tanto erotismo como agresión. La agresividad sería experimentada como una tensión agresiva, entre la imagen especular y el cuerpo real, como veremos más adelante. La agresividad inherente en la relación pedófila puede ser debida a la correlación entre el narcisismo y la agresividad en el propio momento de la formación del yo. Esta identificación con la imagen especular implicaría, por lo tanto, una relación ambivalente con el semejante; una relación que involucra tanto erotismo como agresión.

En *el estadio del espejo* (de los seis meses al año y medio), el niño ve su reflejo como una totalidad, en contraposición con la falta de coordinación neurológica del cuerpo real, es decir, en contraste con la incompletud del cuerpo. Esto produce un contraste, vivenciado como una tensión agresiva entre la imagen especular y el cuerpo real, ya que la completud de la imagen parece amenazar al cuerpo con la desintegración y fragmentación, lo que es una disyunción psique-soma. Esto nos indica que, en la fase de fragmentación, el cuerpo disgregado puede llevar por el camino de la agresividad antes de instalarse la especularidad. La agresividad en la esquizofrenia

tiene una connotación distinta a la agresividad dentro de la especularidad. De presentarse esta dentro de un acto pedofílico podría llevar a una destrucción de la víctima y/o del victimario. La identificación consiguiente con la imagen especular implica entonces una relación ambivalente con el semejante, que involucra erotismo y agresión. “Erotismo y agresión erótica”, persisten como una ambivalencia fundamental del narcisismo. De modo que el narcisismo puede pasar fácilmente del amarse a sí mismo al polo opuesto de la “agresión suicida narcisista”. En esta ambivalencia se puede pasar fácilmente del amor extremo al objeto pedofílico, al polo opuesto a la “agresión suicida narcisista”. Es un pasaje al acto suicida ante la falta del objeto pedófilo, lo que sería el suicidio del pedófilo. “El pedófilo narcisista” al sufrir una herida en su narcisismo puede desarrollar una rabia narcisista, que le genera la necesidad de destruir la imagen de otro al tiempo que intenta mejorar la suya.

El carácter psíquico de la virilidad según Freud, está tan presente en homosexuales como en heterosexuales. Freud hace referencia a lo que entiende por “carácter psíquico”, el cual define en una nota a pie de página de sus *Tres ensayos* donde advierte que “debería trazarse una neta distinción conceptual entre diferentes casos de inversión según se haya invertido el carácter sexual del objeto o del sujeto” (Freud, 1905, p.132, nota incluida en 1910); lo que implica que la inversión puede ser, estrictamente hablando, de objeto (hombres que eligen hombres o mujeres que escogen mujeres, como “objeto sexual”) o “de sujeto” (hombres que deciden convertirse en mujeres o mujeres que deciden “hacerse hombres”). Sobre esto último, está de más decir que Freud nunca abordó la inversión de sujeto, a saber, lo que ahora podría llamarse transexualidad o soluciones transgénero. Pero sí deja claro la “pedofilia”, como un trastorno de la meta sexual.

La pedofilia está clasificada en el *DSM-V* (2014) como un trastorno parafilico, consiste en la excitación o el placer sexual intenso derivado de fantasías, deseos o actividades sexuales irrefrenables o comportamientos que implican la actividad sexual con uno o más niños prepúberes. Según el *DSM-V*, en la pedofilia la persona tiene como mínimo 16 años y es al menos cinco años mayor que el niño/niños.

Para Schinaia (2011), la pedofilia es una especie de “adhesión total al mito de la eterna juventud”, de fundamento narcisista, al idealizar el cuerpo y la belleza infantil, producto de una identificación adhesiva. Que son fenómenos de imitación que toman en consideración elementos formales y superficiales de los objetos. Pero para Meltzer (1979) opera allí la bidimensionalidad donde el espacio bidimensional será la sede de las iden-

tificaciones adhesivas que marcará una relación superficial con los objetos y el sujeto, en ese momento se es incapaz de albergar un pensamiento que procese la experiencia vital más allá de la experiencia sensorial. En estas circunstancias se elige el objeto pedofílico en función de esta sensorialidad producto del vínculo con la madre donde quedó fijado. Lo que traducen sus sentidos son las huellas mnémicas para cometer su acto pedófilo.

Esther Bick (1968), refiere cómo los lactantes en su relación con los objetos, “se aferran” a una voz, una luz, un ritmo, un olor, un sabor, un contacto, con los que el bebé accede a una cierta idea de presencia y continuidad. “Memoria procedimental”, que se cumple a través de la sensorialidad del niño/a en el contacto con su madre, con la cual adopta una “posición adhesiva”, la que para Bick sería previa a las dos posiciones desarrolladas por Klein (1927). Este concepto de Bick, sobre la posición adhesiva, lo encontramos también destacado en Bleger (1967), quien habla de una “posición glichocarica”, que es un “núcleo aglutinado” indiscriminado entre el bebé y su madre, es un sincretismo que permanece en la base de toda relación y que aflora ante situaciones desestabilizantes, en las que se altera y hasta puede perderse el marco o encuadre continente y asegurador, exacerbándose la sensualidad al no poder aglutinarla o perderse la función alfa de Bion que tramite la sensorialidad. Es así como la sensualidad puede ser un atractor en la relación pedófila.

Meltzer en 1974 afirma que la identificación adhesiva es un tipo de identificación narcisista y que es previa a la identificación proyectiva (como se citó en Meltzer, 1979). Meltzer (1983) piensa que el sustrato que opera en el funcionamiento llamado *folie a deux*, seguiría los supuestos básicos, esencialmente la adherencia por dependencia planteados Bion en 1963. La identificación adhesiva cumple la función de envoltura y de continente. Habría que considerar con relación a esto a púberes que son un objeto pedofílico y que necesitan de un sujeto pedofílico, al caer ambos ante la figura de la identificación adhesiva se configura la circularidad víctima-victimario. Configuran de esta manera una unidad cohesiva para evitar el desmembramiento y a las vivencias catastróficas de desintegración. Lo que hace de esto un vínculo patológico.

Meltzer diferencia la identificación proyectiva normal o trófica de la identificación proyectiva intrusiva o “claustrum” (identificación proyectiva tóxica) (Meltzer, 1992). La importancia clínica de la idea de claustro permite observar cierto espacio propio, el que, al ser ocupado por la identificación proyectiva intrusiva, pueden configurar una cohesión o no. De no construirse un espacio cohesivo se manifiesta en ansiedades fóbigenas para

con él, como el temor a quedar encerrado y no poder salir o el miedo a los espacios abiertos. En ambos casos (lo claustrofóbico y lo agorafóbico) afecta los bordes de ese espacio, y los límites que separan el adentro del afuera que, en la pedofilia, “el espacio pedofílico” es una forma de estabilizar un cuadro fóbico o generar una agorafobia o una claustrofobia.

Los deseos y fantasías perversas inconscientes, el neurótico las reprime. Dichas fantasías tienen consigo restos de una sexualidad infantil perversa polimorfa, que es denominada de esta forma debido a que “los diques psíquicos” (vergüenza, asco, lo moral) que permiten el control o la resistencia frente a los excesos sexuales no se han erigido aún o están en formación, por lo cual, el infante tendría una disposición perversa.

La sexualidad infantil puede describirse como disposición perversa polimorfa en la medida en que se halla sometida al juego de las pulsiones parciales, íntimamente ligada a la diversidad de las zonas erógenas y en tanto que se desarrolla antes de establecerse las funciones genitales propiamente dichas. Según cita Freud (1905) en su obra *Tres ensayos de teoría sexual*:

Es instructivo que bajo la influencia de la seducción, el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las trasgresiones posibles. Esto demuestra que en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales trasgresiones tropiezan con escasas resistencias porque, según sea la edad del niño, no se han erigido todavía o están en formación los diques psíquicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral ... es imposible no reconocer algo común a todos los seres humanos, algo que tiene sus orígenes en la uniforme disposición a todas las perversiones. (pp.173-174)

Quiero traer a colación los pensamientos de Winnicott para la comprensión de la psicogénesis y de qué manera podríamos relacionarlo con la pedofilia. Para Winnicott (1945), el objeto transicional permite explicar los fenómenos transicionales. El objeto transicional lo puede constituir una persona, una situación o una cosa, que posibilita la aparición del espacio de ilusión en el que se desplegará el juego: en el que se dramatiza, representa y escenifica su fantasma y/o su fantasía. Cuando el juego se expresa como una descarga de la agresividad destructiva desaparece la función del jugar para transformarse en una actividad impulsiva o compulsiva. Constituyen los “Fenómenos de Franja T” que impiden un tránsito hacia una terceridad y adentrarse en la exogamia. El destino que siga este objeto transicional ya sea una fijación, una resignificación o una escisión, se puede descargar en

una forma agresiva y puede llevar a la escenificación de sus fantasmas y/o fantasías, en forma de un acto pedófilo. El fantasma o gramática inconsciente que constituye el libreto inconsciente del pedófilo o de quién es objeto de la pedofilia debe ser develado en análisis. El fantasma tiene que ser construido para que así el relato tenga una lógica coherente.

En el texto de Freud (1919), *Pegan a un niño*, contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales, perseguía averiguar algo más de aquellas fantasías tempranas, acerca de quién era el niño azotado, si era siempre el mismo o un extraño y quién lo azotaba o si era él mismo azotando a otro. Una fantasía así, que emerge en la temprana infancia, quizá a raíz de ocasiones casuales y que se retiene para la satisfacción autoerótica, sólo admite ser concebida como un rasgo primario de perversión. Vale decir: uno de los componentes de la función sexual se habría anticipado a los otros en el desarrollo, se habría vuelto autónomo de manera prematura, fijándose luego y sustrayéndose por esa vía de los ulteriores procesos evolutivos, en tanto que atestiguaría una construcción particular, anormal de la persona. Lo que plantea Freud es la perversión como constitutiva en el sujeto y que luego dependerá del enfrentamiento con la castración para que devenga neurótico o de lo contrario, tal perversión infantil se conserva en la madurez.

Para entender el fantasma de ciertos actos pedófilos retomamos el texto freudiano de *Pegan a un niño* en sus 3 fases: 1. El sujeto azotado o golpeado no es nunca la que fantasea, sino un hermano. 2. Tampoco es ella la que pega ni tampoco es otro niño, sino un adulto que luego se reconoce como al padre: “el padre pega al niño”. 3. En la siguiente fase, la persona que pega sigue siendo la misma, pero el niño azotado, en cambio, deviene en el fantaseador mismo. Fantasía masoquista, que se ha teñido de placer y refiere a: “Yo soy azotado por el padre”. Esta fase nunca ha tenido una existencia real, nunca ha sido recordada ni ha “devenido consciente” como quizás pudo haber sido la anterior, sino que ha sido construida el análisis. Esta tercera fase se determina por lo siguiente, “la fantasía es ahora la portadora de una excitación intensa, inequívocamente sexual, y como tal procura la satisfacción onanista” (Freud, 1919, p.183). Los hermanos son considerados rivales en esa disputa por el amor paternal; es por eso por lo que la niña, al comprender que un azote representa una destitución de amor y humillación, construye aquella representación placentera en la que el padre le pega a un niño que no es ella. Como se ve, a diferencia de lo que se había esbozado en textos anteriores, acá “la fantasía no encubre la práctica onanista, está íntimamente ligada a la elección de objeto de

carácter incestuoso”. La frase *pegan a un niño* conduce el camino de la gramática pulsional fantasmática. Un acto pedófilo puede sustentarse en estas escenas que revisten un acto sadomasoquista, el cual revestirá las características del tiempo en que se ubique.

El objeto en la perversión, está construido sobre la base del intento de renegar la castración de la madre. Presidiendo la renegación hay una primera negación que tiene como objetivo preservar a la madre como instancia suprema, pero la realidad confronta con la existencia de una instancia tercera más allá de la madre que establece un otro orden, el cual se intenta desmentir. En este mismo movimiento de la desmentida, el yo se escinde: en una parte que acepta la percepción de la castración; y en otra parte que no la acepta, que la reniega.

Estas dos partes del yo siguen coexistiendo. De fallar la desmentida, se reniega esta tercera instancia que es la ley paterna. Mediante un objeto se trata de velar la realidad, con el objetivo de darle lugar a la función materna en una colusión con el hijo/a. Esa colusión no permite una discriminación, pero si permite advenir a un disfrute sensual-sexual en un acto pedofílico que recrea la unión de la función madre-hijo/a o establece un llamado a la ley de la función paterna, a la normativa, que, aunque ausente no es ignorada.

Dor (1987) dice que la perversión tiene que ver más que todo con no poder controlar en su totalidad los deseos-pulsiones, que surgen desde una fijación en la infancia. Las pulsiones parciales son representadas como una pulsión de ámbito sexual que sucede en la infancia, pero dependiendo del desarrollo de ésta se logra el proceso de represión. En el caso del perverso, este no reprime las pulsiones parciales generando la repetición de éstas en la adultez, como una fijación. Reaparecen componentes sexuales de la infancia que definirán la elección del objeto de deseo del perverso y en este caso del pedófilo.

¿Un pedófilo/a, puede ejercer un acto pedofílico dentro de una unión conyugal o fuera de ella? El yo escindido del pedófilo, lo lleva a asumir una doble realidad, pero se niega a sí mismo ese conocimiento. La pedofilia es una perversión por “la desviación”, pero existen ciertos aspectos de la psicogénesis que son específicas del pedófilo y del acto pedófilo.

Balier (1999) dice que en el pedófilo/a se da un objeto fetiche-padre, como resultado del traumatismo generado por el quiebre de la sexualidad infantil por parte del padre, generando así un niño doblemente fetichizado. De ser así, lo que busca entonces el pedófilo/a en esta selección del objeto es una manera de recuperar la imagen materna/paterna que fue

inasequible, ocupa el papel materno/paterno ante el que es objeto del acto pedófilo, así como hubiese querido que su madre/padre se ocupase de él/ella. El niño/a es el fetiche de supervivencia para el pedófilo. El pedófilo/a juega tres papeles, el de la madre/padre incestuoso/a debido a la ausencia de esta en su infancia o el del padre sexualmente desviado/castrado, ya que este padre idealizado rompe con la sexualidad en la infancia, y el del niño omnipotente que puede controlar la realidad en pro a sus deseos siendo él, el protagonista. Se genera un objeto fetichizado que es seducido por el padre y abandonado por la madre. Esta seducción paterna se da a partir de la idealización que genera el pedófilo y a su vez invisibiliza a la madre, por lo que la identidad del perverso se fragmenta generando una triada, compuesta por una madre incestuosa-fálica, un padre permisivo-desviado y el niño narcisista que busca cumplir sus deseos.

Downing (2006) identifica la escisión del yo como aquel mecanismo que permite la división y la falta de estructura en el perverso, lo que permite llevar a cabo casi que dos personalidades, una donde se encuentran sus deseos más oscuros y otra donde logra adaptarse a la realidad de forma correcta, facilitando así su desarrollo en la sociedad misma, sin conflictuarse con sus deseos que no pueden ser revelados, debido a la contrariedad que pueden generar para los demás sujetos.

El pedófilo no estaría recurriendo a la represión de sus mociones pulsionales, caso contrario de lo que sucede con las mociones del neurótico pues éste las convierte en fantasías sexuales que en su esencia son perversas. La represión no es entonces el mecanismo psíquico que funciona en el perverso sino también la renegación y la desmentida, ¿de qué? De la ley, de su castración y de la diferencia sexual, barreras que impiden que éste realice el pasaje al acto. Pero el deseo del pedófilo lo lleva a que se encuentre constantemente en busca de su vivencia de satisfacción, en un más allá del principio del placer, de un displacer que lo puede llevar a la muerte, así como también en peligro de ser sancionado, pues como perversión presentada en forma de acto delictivo es castigado/a legalmente. “Los actos o los comportamientos pedófilos pueden producirse en los contextos más variados y en el marco de todas las estructuras clínicas”. Por lo tanto, el momento psicogenético de su configuración determinará las diferentes categorías pedofílicas.

Referencias bibliográficas

- AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION (2014). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (5ta ed.). Washington DC: Editorial Médica Panamericana.
- BICK, E. (1968). La experiencia de la piel a principio de las relaciones de objeto. *International Journal of Psychoanalysis*, 49, 484-486.
- BION, W. (1963). Elementos del psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1966.
- BLEICHMAR, S. (1996). Práctica analítica y mensaje enigmático. *Zona Erógena* 30, 34-36.
- BLEICHMAR, S. (2016). *Vergüenza, culpa, pudor: relaciones entre la psicopatología, la ética y la sexualidad* (1ra ed.). Buenos Aires: Paidós.
- BLEGER, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires: Paidós.
- DOR, J. (1987). *Estructura y Perversiones*. Buenos Aires: Gedisa.
- DOWNING, L. (2006). *Perversión: Psychoanalytic Perspectives/Perspectives on Psychoanalysis* [Perversión: Perspectiva psicoanalítica/Perspectivas en psicoanálisis]. NY: Karnac Books.
- FREUD, S. (1895). Proyecto de una psicología para neurólogos. *Obras Completas*, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas*, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S. (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. *Obras Completas*. Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S. (1919). Pegan a un niño. Contribución a la génesis de las perversiones sexuales. *Obras Completas*, Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- KLEIN, M. (1927). *Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1971.
- LACÁN, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I* (Ed. revisada). México: Siglo XXI, 2008.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. (1996). *Diccionario de psicoanálisis* (F. G. Cervantes, Trad). Barcelona: Editorial Paidós.
- LAPLANCHE, J. (1997). The theory of seduction and the problem of the other. *International Journal of Psychoanalysis*, 78(4), 653-666.
- MELTZER, D. (1979). *Exploraciones del Autismo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- MELTZER, D., BREMER, J., HOXTER, S., WEDDELL, D. y WITTENBERG, I. (1982). *Exploración del autismo*. Buenos Aires: Paidós, 1984.
- MELTZER, D. (1992). *Clastrum. Una investigación sobre los fenómenos claustrofóbicos*. Buenos Aires: Spatia.
- MELTZER, D (1983). Commento a Harris M., Folie à deux: un caso clinico. En *Quaderni di psicoterapia infantile* (Vol. 12). Roma: Editorial Borla, 1985.

SCHINAIA, C. (2011). Pedofilia, pedofilias. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*. Número Especial Internacional, 7(1). 79-96.

WINNICOTT, D. (1945). Desarrollo emocional primitivo. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1979.